

UNA COMPLEJA ORGANIZACION SOCIAL

EL sociólogo Van den Haag resume su opinión sobre el extraordinario éxito del libro de Erich Segal, «Love Story»: «El acento —dice— se desplaza de las grandes causas colectivas hacia las relaciones individuales entre particulares, del sexo hacia el amor, de la acción al sentimiento».

En Estados Unidos se han vendido más de 10.000.000 de ejemplares en los primeros meses de la aparición de este libro. «Todo París ha llorado» es el titular de la prensa en que se da cuenta del estreno de la película «Love Story», versión cinematográfica de la historia de amor de Segal. En España, con seguridad, no vamos a ser menos; ya la prensa viene dedicando largos artículos y comentarios a esta vuelta universal de la juventud hacia el romanticismo, asqueada, según parece, del materialismo, de la pornografía ambiente, de la violencia y de la subversión política.

La cuestión, sin embargo, no parece tan sencilla; existen en este éxito generalizado del amor romántico elementos extraños que tienen poco que ver con el romanticismo y que le acercan tanto al lanzamiento de un nuevo detergente. En este caso, el producto que trata de venderse tiene por objeto «limpiar» ciertas manchas que no «salen» con los detergentes ordinarios. Se trata, desde luego, de una operación de limpieza que se viene realizando sin reparar en gastos, una verdadera «mina de oro» para el afortunado autor, que dio en el clavo al escribir la obra que precisamente necesitaba una sociedad amenazada por la crisis de su fundamento: el matrimonio y la familia burguesa.

En efecto, los síntomas de la crisis saltan a la vista y preocupan a los responsables y a los dirigentes de la sociedad que se descomponen. Los padres se enfrentan cada día con la rebelión de los hijos. Los profesores, con la de los alumnos. Los hombres, con la de las mujeres. El matrimonio es puesto en cuestión. La sociedad cede, va cediendo lentamente, pero de forma irreversible. La píldora, el aborto, el divorcio, las «comunidades» de jóvenes son primero tolerados,

después admitidos, más tarde legalizados en puntos diversos de la desigual geografía del capitalismo internacionalizado. Pero la descomposición sigue su curso y la delincuencia juvenil aumenta y alarma, y la droga es consumo corriente en los centros de segunda enseñanza, y los adolescentes, casi los niños, escapan a la disciplina paterna, y los jóvenes se resisten cada vez más a entrar en el mundo racionalizado del trabajo, y los matrimonios se separan y se destruyen en oleadas incontenibles que alcanzan capas sociales y grupos generacionales...

Ante la crisis profunda, y la inseguridad y el miedo que provocan la vuelta al pasado, el agarrarse al clavo ardiendo del amor romántico, del amor «sublimado» y evasivo, que huye de la realidad y esconde o desfigura el problema, es recurso obligado de una reacción impotente, de un orden

que se tambalea antes de desplomarse.

«Love Story» es el canto histórico y en falsete de las plañideras que acompañan al muerto en su último cortejo hacia el cementerio.

La cuestión —a mi entender— se plantea en términos más profundos y decisivos que aquellos a que nos tiene acostumbrados un cierto tipo de análisis, en los que el «diablo», el mundo y sus tentaciones son sustituidos por ideologías demoledoras, por campañas insidiosamente promovidas por oscuras fuerzas internacionales, cuando no por agentes de potencias extranjeras envidiosas de la solidez de nuestras instituciones y de los valores morales en que se sustentan.

Los hombres tenemos la memoria corta y se nos olvida fácilmente nuestra historia. El matrimonio y la familia, tal como hoy los

conocemos —o padecemos, según se mire—, es una institución reciente y, además, no generalizada. Si la poligamia, o sus formas más dulcificadas de las concubinas, o más modernas de las «entretenidas», no está tan lejana a nosotros; si hoy mismo, en lugares distintos y cercanos, las instituciones en las que se realiza la familia son tan distintas a las nuestras, nada parece seriamente oponerse a que en un futuro inmediato la pareja —o quizá el grupo reproductor— se institucionalice de distinta manera a la que hoy nos aparece como inmovible e inmutable. Resulta mentiroso y pretencioso el suponer que lo nuestro es lo definitivo y lo perfecto, sobre todo cuando los síntomas son de que se está yendo rápidamente al traste.

No voy a tratar de adentrarme en el futuro para predecir que tal o cual forma de las que hoy



«En España ya la prensa viene dedicando largos artículos y comentarios a esta vuelta universal de la juventud hacia el romanticismo». (Ali McGraw y Ryan O'Neal, protagonistas de «Love Story»).



«Pero la descomposición sigue su curso y la delincuencia juvenil aumenta y alarma».

se ensayan entre los jóvenes será la que prevalezca y se imponga en un mañana o en un pasado mañana, sino simplemente examinar en qué consiste la crisis y cuáles son sus causas, al menos las que a mí me parecen más importantes y decisivas.

El matrimonio, que para entendernos llamamos burgués —no porque sea privativo de este grupo social, sino porque nace, se afianza y se extiende a toda la sociedad en la época burguesa—, cumple perfectamente la función social y económica de perpetuar, mediante la reproducción, la sociedad burguesa; y si hoy está en crisis, podemos pensar que algo está cambiando en la estructura social, algo que hace exista un desajuste entre el modo real de reproducción, o perpetuación de la sociedad, y la institución que debía garantizarla. Podemos justificadamente ver en la crisis del matrimonio burgués y de la familia burguesa (me refiero siempre a la institución, siendo indiferente que la familia sea obrera) una inadaptación de esta institución a las funciones reproductoras que exige la sociedad en plena transformación.

En una sociedad dividida en castas, las leyes que prohíben el matrimonio entre personas pertenecientes a distintas castas conforman el matrimonio de tal manera que le permite cumplir su función social de reproducir la sociedad parcelada en estas castas absolutamente separadas.

En una sociedad segregacionista —tipo la Unión Sudafricana—,

las prohibiciones de uniones mixtas y las fuertes penas con que se sancionan estas uniones cumplen esa misión de reproducción y perpetuación del privilegio del grupo blanco minoritario.

En la sociedad burguesa —primeras etapas del capitalismo industrial—, el matrimonio, núcleo de la familia, tenía la función social de reproducción y perpetuación de esta sociedad. Veamos, aunque sea con brevedad, cómo cumplía esta función.

El esquema de este tipo de sociedad —y soy consciente de que se trata de una simplificación, pues las sociedades son siempre complejas—, los dos grupos sociales que la caracterizaban eran la burguesía (que tenía la propiedad de los medios de producción) y la clase obrera (sin medios de producción y con la libertad de vender su fuerza de trabajo). El matrimonio y la familia, en esta sociedad, deben perpetuar estos grupos o clases sociales. La propiedad privada que se transmite por herencia de padres a hijos —dentro de la institución familiar— y el salario, como precio de la fuerza de trabajo y que se calcula como el coste estricto de la reproducción de esta fuerza de trabajo, se incorporan férreamente a la institución familiar, que se libra de todo aditamento feudal. La sangre en la aristocracia, la servidumbre que unía el hombre a la tierra en la fuerza de trabajo campesina, los gremios en el mundo artesano que regulaban estrechamente su forma social de reproducción,

instituciones como el mayorazgo y las pruebas de sangre, etc., quedan borrados para dar paso a la familia asalariada o burguesa (propietaria) como forma social de perpetuación y extensión del nuevo tipo de sociedad que acaba de nacer.

Es el tiempo dorado del «hijo de papá», el tiempo negro de los niños trabajando en las minas. La familia perpetúa el ocio, el poder, la riqueza, la cultura, la fábrica... como perpetúa la necesidad, la pobreza, el trabajo, la «vida obrera». El hijo se lo debe todo a su padre, será como su padre, sustituirá a su padre. El matrimonio se piensa en función de los hijos, y éstos en función de la familia y de su destino. La literatura describe, exalta o denigra esta función social de la familia. Los valores sociales, como las leyes, se acomodan, conformando la institución familiar como pieza básica de la sociedad. Y hasta el salto de un grupo social a otro se concibe y se piensa a través del matrimonio, por la vía «romántica» del amor que vence las diferencias sociales. La historia de amor de Segal es precisamente la historia conmovedora de uno de estos saltos de clase.

La familia y el matrimonio son sagrados, todo el orden social descansa sobre la herencia que legitiman. La mujer, la esposa, la madre son la sosegada retorta donde se vierte el semen y el matrimonio donde se hace el hijo investido ya de su destino económico. Pero la sociedad económica no permanece estática: el

capital se acumula, y esta acumulación no se realiza por la vía del atesoramiento, sino en las máquinas, cada día más complejas, donde queda, o va quedando, el trabajo y el ingenio de los hombres en uso, aun después de haberse cumplido y pagado.

El aparato productivo cada día es más complejo, cada día la máquina primitiva es sustituida por otra nueva más perfecta y más eficazmente productiva. La competencia, dura y sin contemplaciones, obliga a los empresarios, para mantenerse a flote, a racionalizar, modernizarse, invertir. El patrimonio familiar no basta, las alianzas de capitales, por medio de bodas de interés, no son suficientes para mantener la unión sagrada entre la familia y el poder sobre la unidad de producción. La sociedad anónima sustituye a la empresa familiar y la familia empieza a no ser la institución idónea para la reproducción, para la perpetuación de la clase que detenta la propiedad de los medios de producción.

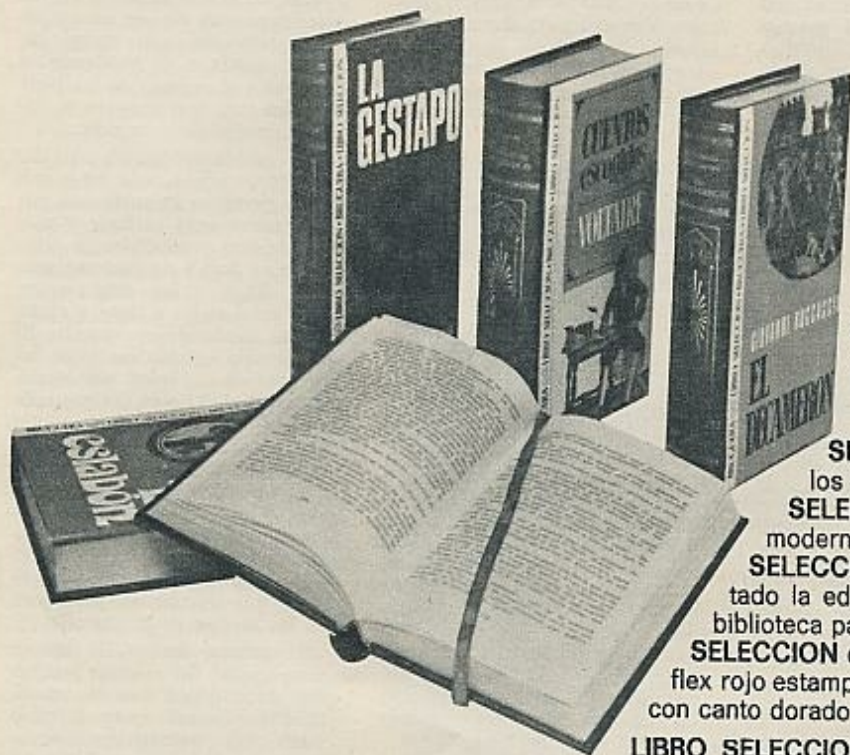
Al propio tiempo, la misma complejidad del aparato productivo hace difícil que el conocimiento necesario para dirigirlo pueda ser transmitido directamente por la familia, y el hijo del «patrón» debe ir a la Universidad, a la escuela especial, antes de entrar en el negocio familiar. Es el principio del fin.

Todavía durante algún tiempo el coste de la enseñanza superior, la limitación de las plazas, la larga duración de los estudios reservará a las familias adineradas el



Para los amantes
de los buenos libros

LA NUEVA LENGUA



LIBRO SELECCION

SELECCION de las obras más importantes de todos los tiempos, incluidas las de última actualidad.

SELECCION de los mejores autores, clásicos y modernos.

SELECCION del equipo técnico y artístico que ha posibilitado la edición de libros que proporcionan prestigio a su biblioteca particular.

SELECCION de volúmenes bellamente encuadernados en guaflex rojo estampado en oro, impresos en papel de primera calidad con canto dorado y cinta guardapunto.

LIBRO SELECCION, UNA OBRA LITERARIA Y A LA VEZ UN OBJETO DE ARTE.

... ¡al precio de un libro corriente!



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6)

UNA COMPLEJA ORGANIZACION SOCIAL

acceso a los puestos de dirección del aparato productivo. Todavía la familia, como institución dentro de la cual se transmite la propiedad, será el instrumento de reproducción de la clase privilegiada en el poder, pero la dinámica misma del desarrollo capitalista tiende a destruir esta última «función» de la institución familiar.

El golpe decisivo se produce por el otro extremo del proceso de reproducción.

La sociedad industrial, en sus comienzos, tuvo que enfrentarse con la necesidad de destruir el sistema artesano de producción. Es clásico ya hablar de la expropiación que llevó adelante el capital, arrebatando a los artesanos la propiedad de los medios de producción. La manufactura —reunión de pequeños talleres artesanos en la que cada unidad realizaba tan sólo una parte del trabajo necesario para producir un artículo— fue el medio tradicional de esta expropiación. Sin embargo, el paso decisivo de esta expropiación no se llevó a cabo hasta la introducción de la máquina que reproducía mecánicamente el trabajo del artesano —o una parte de su trabajo—, arrebatándole su oficio y su habilidad, expropiándole de su técnica y de su función de producción. El artesano, a partir de ese momento, fue sustituido por el obrero sin especialización, ya que el oficio estaba materializado —apropiado por el capital— en la máquina que debía manejar.

Es importante —a los efectos de este breve examen sobre la familia que venimos haciendo— comprender que la reproducción y la perpetuación del artesano se hacía a través de una complicada y reglamentada institución familiar. Cada taller constituía una familia en la que el «maestro» era, más que el «patrón» de un negocio, el jefe de familia revestido de autoridad paterna sobre los oficiales y los aprendices, que no sólo aprendían el oficio, sino que vivían con él, aprendiendo y heredando su modo de vivir, su honestidad y, en un momento determinado, su autoridad. Para el capital industrial, ese tipo de familia artesana era absolutamente inadaptada y su destrucción le era necesaria. El instrumento de esta destrucción fue el obrero industrial y su modo de reproducción y perpetuación por medio de la familia obrera.

Una vez que la máquina había arrebatado su oficio al artesano, éste, con su saber hacer, con su oficio, era un lujo y un despilfarro dentro del proceso de producción; el coste de su reproducción —los años de aprendizaje

en el taller bajo la autoridad paterna del maestro— era muy superior al valor de la fuerza de trabajo simple y sin especialización. La desesperada defensa de los oficios que realizan las primeras agrupaciones obrero-artesanas frente a la competencia de la masa de obreros-inmigrantes del campo era una batalla perdida. El patrón estaba dispuesto a pagar un salario que iba a permitir reproducir una fuerza de trabajo bruta, analfabeta, sin especialización, y sobre este salario se iba a constituir la familia obrera, y sólo la familia obrera se podía constituir.

Terminado este proceso de expropiación (más bien se debía decir: «cuando el modo de producción fabril se hace dominante», puesto que aun en las sociedades muy desarrolladas perviven modos de producción artesanos y manufactureros) se inicia en el modo de producción industrial una nueva etapa hacia el gigantismo y la complejidad. Sus efectos sobre la familia burguesa (de los propietarios de los medios de producción) los he examinado más arriba.

En esta nueva etapa, caracterizada por la potenciación y renovación técnicas permanentes, aparece una necesidad cada vez mayor de nuevos oficios, de especializaciones, de trabajadores dedicados al control del trabajo y la administración. Los puestos técnicos y administrativos se multiplican, el sector servicios se desmesura, en tanto que los puestos de trabajo sin especialización o permanecen estáticos o disminuyen y tienden a desaparecer. Ya no se trata de los antiguos oficios artesanos, sino de una enorme cantidad de profesiones nuevas, estrictamente nacidas para servir a la colosal complejidad de las máquinas, de las ventas, de las contabilidades, de las racionalizaciones y de los controles.

La familia obrera —como por otra parte la familia burguesa—, con su base económica salarial estrictamente ajustada para que reproduzca la fuerza bruta del peonaje, es incapaz, sin profundas modificaciones, de «producir» esa nueva fuerza de trabajo potenciada técnicamente, estratificada, jerarquizada y burocratizada que es hoy la fuerza de trabajo del aparato de producción moderno.

El fenómeno es de masa; se hacen necesarias soluciones «socializadas» y masivas. El Estado, que en el capitalismo tradicional debía contemplar sin intervenir, acude presuroso a solucionar el problema de «producción» de la

nueva fuerza de trabajo, que ya no puede quedar confiado a la familia obrera con su precaria base económica del salario. Las escuelas se multiplican, los institutos crecen, las escuelas especiales rompen la limitación de sus plazas, los centros de formación de adultos y las enseñanzas técnicas invaden las ciudades y los núcleos industriales. Bolsas de estudio, ayudas, prolongación de la enseñanza obligatoria, presupuestos estatales cada vez más importantes dedicados a la enseñanza, fondos destinados a «la igualdad de oportunidades» son otros tantos medios apresurados, insuficientes y caóticos, quizá, con que el Estado trata de solucionar el problema de la reproducción de la fuerza de trabajo que la familia obrera no puede resolver por sí misma; pero al hacerlo, sin remedio, da el golpe de gracia a la institución familiar misma en su función sociológica de reproducir y perpetuar la sociedad a la que servía de fundamento.

Aquí está trágicamente presente la crisis de la familia y del matrimonio «burgués». Nacido para perpetuar, reproduciéndose, una sociedad dividida en clases, pierde su función por la inevitable socialización progresiva de la producción. Y estamos llegando al fondo del problema.

La pareja humana —como cualquier otra pareja enfrentada con el acto del amor— tiende instintivamente a realizar los gestos que le llevan a la copulación para perpetuar la especie; pero en el caso de los hombres esa función de perpetuación de la especie no termina en la simple unión carnal, ni tan siquiera en los cuidados de los primeros años de indefensión de sus hijos, sino que la complicada organización social en que la especie tiene que sobrevivir le lleva a mantener bajo su autoridad a los hijos durante un largo período, durante el cual les va a transmitir toda la complicada enseñanza que requiere la vida en sociedad. Al institucionalizar el matrimonio y la familia crea el instrumento para perpetuar en los hijos su condición social, la base económica de esta condición y, en su caso, el privilegio relativo que comporta.

Desde el momento que la enorme complejidad de la estructura de producción, base de la sociedad, trae consigo una socialización creciente de la producción, el papel de la familia —como institución adecuada para la perpetuación social de la especie— entra en crisis.

La sociedad, el Estado, empieza a tomar a su cargo la compleja

labor de la reproducción social, creando sus propias instituciones y sus propios especialistas para esta labor, y el propio acto del amor pierde su función instintiva de reproducción y la pareja la necesidad de institucionalizarse en permanencia para cumplir la función de perpetuación. Los hijos mismos dejan de sentir la necesidad de la familia y ponen pronto en duda la autoridad paterna, que carece de justificación social.

En este punto de la crisis, la sociedad capitalista hace entrar un nuevo elemento de contradicción que llevará a la rebelión general de la juventud: se trata de su contradicción principal, la propiedad privada de los medios de producción.

Efectivamente, la familia «burguesa» tiene su base económica en la propiedad privada individual; tanto el patrimonio familiar como el salario son formas privadas e individuales de propiedad incapaces, como hemos visto, de enfrentarse con la función de reproducción en la etapa actual del desarrollo capitalista; esta función de reproducción se estatiza, pero el Estado mismo y todo el aparato de producción de bienes se encuentran dominados por la propiedad privada de los medios de producción y sometidos al poder económico privado que de esta propiedad se deriva. En definitiva, la función social de perpetuación, que es arrebatada a la familia, se realiza por el Estado, pero a mayores «gloria y provecho» de la gran propiedad privada que domina la sociedad.

En tales condiciones, los padres aparecen, ante una juventud que se rebela, como unos «funcionarios» más encargados de guardar el orden, y que, para colmo, al hacerlo dicen desempeñar las funciones sagradas de la paternidad. Los profesores no corren mejor suerte, y la sociedad entera aparece como el detestado hogar del que no hay otra solución que escapar.

La crisis profunda avanza y el matrimonio y la familia burgueses caminan lentamente —con los pies por delante— acompañados por el canto histórico de las planificadoras. El cortejo lo encabezan sus herederos directos pídicamente enlutados: ella se llama la General Motors, y él, Compañía Universal del Petróleo, S. A.; los hombres, todavía, no estamos acostumbrados a esta nueva forma de matrimonio y de amor... La rebelión comienza y llegará un día, quizá, en que reconquistemos la paternidad al conquistar para los hombres los medios de producción. ■ I. F. DE C.